

FLECHO como entramado utópico: derechos culturales y renovación de narrativas desde el Chocó



FLECHO as a Utopian Weave: Cultural Rights and Narrative Reimaginings from the Chocó

Christian David Vásquez Infante

Northwestern University, Estados Unidos

 <https://ror.org/000e0be47>

 <https://orcid.org/0009-0002-2927-7911>
chrisvasquezinfante@gmail.com

Reconocimientos: artículo derivado de la investigación doctoral “‘Construyendo país’: iniciativas culturales, literatura y formación de Estado en Colombia”. En su ejecución fue fundamental el apoyo del Latin American and Caribbean Studies Program y del Roberta Buffett Institute for Global Affairs, ambos de Northwestern University.

Cómo citar este artículo: Vásquez Infante, C. D. (2026). FLECHO como entramado utópico: derechos culturales y nuevas narrativas desde el Chocó. *Estudios de Literatura Colombiana* 58, pp. 62-90. <https://doi.org/10.17533/udea.elc.361855>

Editoras: Paula Andrea Marín Colorado
Vanessa Zuleta Quintero

SECCIÓN ARBITRADA

Recibido: 09/08/2025
Aprobado: 30/10/2025
Publicado: 31/01/2026

Copyright: ©2026 *Estudios de Literatura Colombiana*. Derechos patrimoniales, Universidad de Antioquia, 2026. Este es un artículo de acceso abierto distribuido bajo los términos de la [Licencia Creative Commons Atribución – No comercial – Compartir igual 4.0 Internacional](#).



Check for
updates



FLECHO como entramado utópico: derechos culturales y renovación de narrativas desde el Chocó

FLECHO as a Utopian Weave: Cultural Rights and Narrative Reimaginings from the Chocó

Christian David Vásquez Infante, Northwestern University, Estados Unidos



Resumen:

Este artículo propone entender FLECHO —Fiesta de la Lectura y la Escritura del Chocó— como un entramado utópico orientado a garantizar los derechos culturales y disputar las narrativas hegemónicas sobre el Chocó. Desde una metodología que combina observación etnográfica, entrevistas y análisis crítico de políticas culturales, el texto examina cómo el festival propicia escenarios de encuentro entre iniciativas diversas para ensayar futuros posibles a partir de prácticas de lectura, escritura y memoria. El enfoque teórico se fundamenta en los conceptos de utopías posconflicto (Lizarazo, 2024) y utopismo concreto (Wilder, 2022), y sitúa la literatura como práctica política y dispositivo de transformación social. Finalmente, el artículo plantea la necesidad de articular los estudios literarios con la gestión cultural y sugiere que los festivales literarios pueden operar como plataformas críticas para la justicia simbólica y la reivindicación territorial.

Palabras clave: literatura colombiana; utopías; derechos culturales; Chocó; festivales literarios.

Abstract:

This article proposes an interpretation of FLECHO —the Fiesta de la Lectura y la Escritura del Chocó— as a utopian weave oriented toward the guarantee of cultural rights and the contestation of hegemonic narratives about the Chocó region. Drawing on a methodology that combines ethnographic observation and interviews with the critical analysis of cultural policy, the text examines how the festival fosters encounters between diverse initiatives that rehearse possible futures through practices of reading, writing, and memory. The theoretical framework is grounded in the concepts of postconflict utopias (Lizarazo, 2024) and concrete utopianism (Wilder, 2022), and positions literature as a political practice and as a tool for social transformation. Additionally, the article argues for the articulation of literary studies with cultural management, suggesting that literary festivals can serve as critical platforms for symbolic justice and territorial recognition.

Keywords: Colombian literature; utopia; cultural rights; Choco region; literary festivals.

Llegué a FLECHO, la Fiesta de la Lectura y la Escritura del Chocó, a través de un video en YouTube en 2020. El sonido de una marimba acompaña imágenes del río Atrato, la carrera primera de Quibdó que lo bordea y la iglesia de San Francisco frente al malecón, como preludio de las voces y los rostros de quienes hicieron parte del evento: asistentes, docentes, escritoras, promotores de lectura, una cantaora y directores de cine y teatro.¹ En sus testimonios —acompañados de imágenes de personas reunidas alrededor de conversaciones, presentaciones artísticas y libros— destacan la relevancia del evento para su región y la cultura chocoana. Además de expresar su satisfacción por hacer parte de esta fiesta, comparten algunas experiencias y aprendizajes de las actividades en las que participaron.

El festival es organizado desde 2018 por la Corporación Educativa y Cultural Motete, fundada y dirigida por Velia Vidal Romero. En el discurso inaugural de la primera edición de FLECHO, recogido en su libro *Aguas de estuario*, la escritora y gestora cultural sostiene:

Asumimos el reto de tener nuestro propio evento del libro, nos embarcamos en la aventura de mostrarnos y ser noticia desde nuestras potencialidades y ya no desde nuestras necesidades, nos atrevemos a dinamizar la economía de nuestra capital con el ejercicio del derecho a la cultura. Aprovechamos nuestra naturaleza comunitaria y colectiva para sacar adelante una iniciativa a muchas manos, con muy poca presencia de la frágil institucionalidad pública de nuestro territorio, pero convencidos de que este camino también es posible (Vidal, 2020a, p. 131).

¹En este texto alterno indistintamente las formas femenina y masculina y, cuando convenga, empleo sustantivos colectivos no marcados. Esta convención no presupone un modelo binario, sino que reconoce un espectro inclusivo. Se respeta siempre la autodenominación de las personas y los usos presentes en las fuentes y citas.

Entendido como reto y aventura de reivindicación territorial, planteo que este festival literario se ha consolidado, a lo largo de sus ocho ediciones, como un entramado utópico orientado a garantizar los derechos culturales en el Chocó y a ampliar el repertorio de narrativas sobre este departamento. De esta manera, FLECHO confronta una presencia estatal históricamente deficiente, así como los prejuicios raciales que han marcado profundamente la representación de su territorio en el imaginario nacional colombiano y que han afectado las vidas de las comunidades afrodescendientes e indígenas que mayoritariamente lo habitan.

Para comprender mejor esta dimensión del festival, recorro a las “utopías posconflicto”, tal y como las propone Tania Lizarazo (2024), quien las entiende como prácticas cotidianas que permiten ensayar futuros posibles de paz, memoria y justicia en un contexto marcado por la violencia, un recordatorio de que “sobrevivir en el Pacífico colombiano es un acto intencional, pero no está garantizado”² (p. 6). Asimismo, acudo al concepto de “utopismo concreto”, planteado por Gary Wilder (2022), desde el cual se buscan identificar y potenciar posibilidades transformadoras ya presentes en la realidad, aunque aún no plenamente reconocidas. Desde estos referentes conceptuales, propongo entender a FLECHO como un escenario crítico que abre horizontes emancipatorios a través de prácticas culturales concretas, cotidianas y situadas. Para desarrollar esta propuesta, primero presentaré las principales características y actividades centrales del festival, considerando el contexto donde se lleva a cabo. Posteriormente, analizaré los lineamientos que orientan el diseño de su programación, explicando su función como dispositivo de garantía de derechos culturales y como espacio de encuentro para diversas iniciativas regionales que, desde prácticas cotidianas, desarrollan proyectos utópicos concretos. Finalmente, abordaré cómo el festival ha logrado sostenerse gracias a una red solidaria que, más allá de ser fundamental para su realización, ha contribuido a disputar y ampliar las narrativas sobre el Chocó.

Este artículo se enmarca en una investigación colaborativa que me llevó a vincularme con el festival como coordinador de la programación cultural en sus tres ediciones recientes (2023 a 2025). Esta experiencia me ha permitido interactuar con el equipo organizador, invitados, colaboradores y asistentes, así como registrar información mediante entrevistas y observaciones etnográficas, realizadas tanto en los escenarios del festival como en los trayectos por tierra y agua durante su realización. Desde esta metodología, se desarrolla la reflexión crítica y teórica aquí propuesta,

² Traducción propia. Texto original en inglés: “surviving in the Colombian Pacific is intentional but not guaranteed”.

orientada a analizar la función social que se le otorga a la literatura en el marco del festival y a destacar la relevancia de considerar la gestión y las políticas culturales en los estudios literarios contemporáneos.

Celebrar la literatura: enfrentar prejuicios y garantizar derechos

En FLECHO se celebran la palabra escrita y hablada, el arte y la cultura del Chocó, departamento ubicado al occidente de Colombia, sobre el litoral Pacífico, con una esquina al norte que asoma al Caribe por el golfo de Urabá. Es habitado en su mayoría por población racializada: el 79 % de chocoanas y chocoanos se reconocen como personas negras, mulatas o afrocolombianas; el 16 % se identifica como indígena, perteneciente en su mayoría a los pueblos emberá y wounaan; mientras que un 5 % no se adscribe a ningún grupo étnico (DANE, 2019). Esta composición demográfica responde al asentamiento de comunidades negras que alcanzaron la libertad mediante el cimarronaje y la automanumisión, así como a las leyes de 1851 que abolieron la esclavitud a la que fueron sometidas, tras haber sido llevadas a la región para reemplazar a poblaciones indígenas exterminadas o desplazadas por el proceso colonizador (Mina, 1975). Al habitar las cuencas de caudalosos ríos y sus afluentes, estas comunidades consolidaron una economía principalmente fluvio-minera (Barbary *et al.*, 2004), y la vida ribereña posibilitó formas de subsistencia e intercambio que, además de sostener la vida material, alimentaron un tejido social y cultural de base comunitaria (Grueso, 2000).

El Chocó es uno de los lugares con mayor biodiversidad del planeta, donde predomina el agua por su extensa selva tropical húmeda, los océanos que bañan sus costas y los tres grandes ríos que lo atraviesan: el Atrato, el San Juan y el Baudó. A pesar de esta abundancia hídrica, la mayoría de sus habitantes carece de acceso a agua potable, lo que evidencia la negligencia estatal, reflejada también en altos índices de pobreza y bajos niveles de alfabetización. A estas condiciones se suma la violencia que se ha intensificado en décadas recientes por la presencia de grupos armados y de multinacionales que disputan el control territorial para actividades extractivas como la minería, la tala de bosques y el narcotráfico, que ha ocasionado desplazamientos masivos y confinamiento de comunidades enteras. Desafortunadamente, la riqueza natural del Chocó ha sido fuente de violencia y exclusión para quienes lo habitan, y de provecho económico para quienes la han explotado. Esta situación evidencia en la región las consecuencias del racismo estructural, entendido como

ese diseño institucional que genera y reproduce la subalternización de individuos y poblaciones racializadas en beneficio de otros individuos y poblaciones (Restrepo, 2025).

El racismo, como “sistema de opresión que niega derechos”³ (Ribeiro, 2019, p. 12), en el que se ejerce un poder que trasciende la discriminación (Eddo-Lodge, 2018), se ha producido históricamente a partir de las

En el caso de FLECHO, gracias al principio de horizontalidad, el foco se desplaza del fetiche del autor consagrado, tan común en los eventos del libro, hacia el valor epistémico y comunitario de la conversación como práctica de conocimiento situada y colectiva.

relaciones que los pueblos establecen entre sí desde sus respectivas marcas raciales, por lo que es necesario comprenderlo en el marco de la formación particular de identidades de cada nación (Segato, 2017). En Colombia, esta configuración de alteridades ha determinado que el Pacífico —región donde se encuentra el Chocó— sea concebido, a través de una intersección entre raza y naturaleza, como un “paisaje racializado” (Leal, 2020, p. 22). Al analizar textos producidos desde el centro andino del país entre 1850 y 1930,

Claudia Leal (2020) observa que se combinaron imaginarios occidentales sobre los trópicos con nociones decimonónicas de raza para representar esta región como un lugar pródigo, pero insalubre, y a sus habitantes como indolentes, violentos y perezosos; lo cual creó una estrecha relación entre las comunidades negras y las selvas del Pacífico. Estos tropos generaron prejuicios racistas desde los que se ha desconocido la importante contribución del pueblo negro a la construcción del Estado y al desarrollo de los ideales republicanos en el país (Leal, 2020). Tal construcción discursiva, que vergonzosamente sigue circulando en discusiones públicas, ha determinado la manera en que el Estado y otras instituciones se han relacionado con esta región.

En 1947, poco antes de que el Chocó pasara de intendencia a departamento, el reconocido autor chocoano Arnoldo Palacios (2022) reclamaba que un problema fundamental de su territorio era

el tremendo desconocimiento que se tiene de él, no solamente por parte de los demás colombianos, sino del mismo Estado [...] Haber mantenido despreciado al Chocó durante siglos es una deuda inmensa de la república, y de todos los regímenes políticos que nos han gobernado (p. 42).

³ Traducción propia. Texto original en portugués: “um sistema de opressão que nega direitos”.

Esta deuda ha generado una necesidad constante de reivindicación, como se puede ver en el trabajo de Teresa Martínez de Varela, periodista y escritora chocoana, quien formó parte de una caravana de periodistas que recorrió el departamento a principios de 1955 con el fin de promover su conexión con el resto del país y el continente. En las crónicas que resultaron de esta experiencia, Martínez —única mujer en un grupo de treinta y ocho personas— insiste en la riqueza e importancia del Chocó para la nación, al tiempo que denuncia que este territorio se ha calificado como “tierra de salvajes” (Martínez de Varela, 2023, p. 65) y alerta que el Gobierno central “ha descuidado esta región limítrofe del Pacífico, hasta el punto que sus habitantes no tienen conciencia de que son chocoanos y colombianos, no conocen el valor de nuestra soberanía nacional y se consideran únicamente ciudadanos del mundo” (p. 102).⁴ Estas desatenciones y estigmas han condenado a la región y a su población a una marginalización, evidenciada en la presencia negligente del Estado y la ausencia de derechos.

Buscando responder a esta situación desde la educación y la cultura, Velia Vidal fundó Motete en 2016, con el propósito de fomentar el desarrollo del pensamiento crítico a través de la lectura y la escritura, promover el ejercicio de ciudadanías activas y fortalecer el tejido social en las comunidades del Chocó (Vidal, 2020b). En el marco de esta iniciativa nació FLECHO, un festival literario que se realizó por primera vez en Quibdó durante cinco días en marzo de 2018. Desde entonces, se realiza en la misma época tanto en la capital del departamento como en los otros municipios donde operan los clubes de lectura de Motete a lo largo del año: Bahía Solano se sumó en su segunda edición; Istmina, en la sexta, y Turbo, —distrito del Urabá antioqueño que también forma parte del Chocó biogeográfico— en la séptima. En cada lugar, FLECHO se instala por cuatro o cinco días en una ubicación central, como un parque público o el malecón, donde ofrece una programación gratuita y abierta a diversos públicos. Conversaciones, recitales, exposiciones, presentaciones musicales, lanzamientos de libros, proyecciones de cine y el encuentro de los clubes de lectura de Motete forman parte de esta oferta. Adicionalmente, se habilitan espacios para librerías, ventas de artesanías locales y zonas de lectura para todas las edades. Una transformación del espacio público por cuenta de esta fiesta: se suspende la cotidianidad para celebrar la lectura y la escritura.

⁴ A las denuncias de Palacios y Martínez se podrían sumar otras de la misma época, hechas por autores provenientes de fuera del Chocó. Este es el caso de la serie de crónicas “El Chocó que Colombia desconoce”, publicadas por Gabriel García Márquez en *El Espectador* en 1954, y el *Diario del Alto San Juan y del Atrato*, escrito por Eduardo Cote Lamus en 1959, a raíz de un informe que preparó tras su viaje al departamento como representante a la Cámara.

Fuente: fotografías propias.



Figura 1. FLECHO en sus cuatro sedes: Turbo, Bahía Solano, Istmina y Quibdó.
2023, 2024 y 2025.

Además de este montaje, el festival extiende su alcance mediante actividades que descentralizan su presencia y amplían el acceso. Con “FLECHO en la escuela” se realizan talleres de lectura y escritura en instituciones educativas de primaria y secundaria; “FLECHO en la U” propicia encuentros entre autorxs y estudiantes universitarios, y el “Encuentro de maestras y maestros” convoca a docentes de la región para participar en charlas de formación pedagógica con un enfoque etnoeducativo. Junto a estas acciones, destacan la “Champa de libros” y la “Marea de letras”, dos programas que llevan el festival por mar y río a comunidades ubicadas en las riberas del Atrato y el San Juan, el litoral del Pacífico y las costas del golfo de Urabá. En su versión más reciente, entre el 26 de febrero y el 23 de marzo de 2025, FLECHO contó con la participación de aproximadamente trece mil personas —entre asistentes, personas invitadas y equipo organizador— en más de un centenar de actividades en sus cuatro sedes, durante dieciocho días de programación a lo largo de cuatro semanas.

A propósito de los ideales que orientan el festival, Velia Vidal afirma que “la literatura permite imaginar o reconocer que otros mundos son posibles” (Saldarriaga, 2024, párr. 3). Esta convicción, además de guiar la propuesta curatorial, determina el posicionamiento ético y político de FLECHO frente a la realidad del Chocó. En esta región, marcada por el racismo estructural que limita las posibilidades de vida digna para sus comunidades, la literatura se configura como una práctica utópica que desafía los sentidos impuestos del presente y abre posibilidades hacia otros futuros. La utopía no aparece aquí como mera evasión, sino como una forma radical de cuestionar el pesimismo político del presente, una práctica contra “la lógica devastadora del mundo del aquí y el ahora, de la noción de que nada existe fuera de la esfera del momento actual” (Muñoz, 2020, p. 46). De esta manera, FLECHO, en tanto festival literario, opera como un espacio en el que se concreta esta potencia utópica de la literatura, un escenario donde la palabra leída, escrita y hablada interviene en la realidad del Chocó al articular prácticas culturales que permiten ensayar alternativas transformadoras.

Fuente: fotografías propias.



Figura 2. Champa de libros (arriba), FLECHO en la escuela y FLECHO en la U (abajo). 2024 y 2025.

Los festivales literarios son espacios de celebración pública del campo literario y de sus agentes —autores, editoras, críticos, promotoras de lectura y lectores—, y están dirigidos principalmente a comunidades definidas por su interés en la literatura (Weber, 2018). Su proliferación en Europa desde los años ochenta se inscribe en los procesos de globalización y en la urgencia por democratizar la cultura (Sapiro, 2022). Aunque no descienden directamente de los salones literarios que emergieron en la Francia del siglo xvii, Liana Giorgi (2011) destaca su parentesco funcional, al promover el intercambio de ideas, fomentar la articulación entre estética y política, y proveer espacios de entretenimiento y placer a través del discurso intelectual. Por esto, los festivales reproducen ciertos rasgos y rituales de aquellos espacios y ofrecen escenarios privilegiados para observar —y moldear— la cultura pública contemporánea (Giorgi, 2011, p. 36).

Asimismo, estos eventos visibilizan y legitiman socialmente a los agentes que participan en la creación, la difusión y el consumo literario, mediante lo que Gisèle Sapiro (2016) describe como una “función ritual que refuerza la *illusio*, es decir, la creencia en el valor de la literatura” (p. 123). A diferencia de espacios especializados, como ferias o encuentros académicos, los festivales buscan involucrar a públicos amplios y diversos. En el caso de FLECHO, este propósito se relaciona directamente con la misión de Motete: garantizar los derechos culturales en el Chocó, una región con escasos espacios institucionales o comerciales que habitualmente propician el acceso a la literatura, como librerías, bibliotecas públicas o ferias del libro.⁵

Ana Gallego Cuiñas (2022) sostiene que el auge reciente de festivales literarios en América Latina responde a una necesidad de poner en común experiencias individuales de lectura, a través de los espacios de socialización que ofrecen. Estos eventos son clave para la cultura literaria porque promueven una “(re)visión continua y autolegitimadora de los significados contemporáneos y las posibilidades futuras de la literatura, bajo la premisa y aceptación de su funcionalidad social” (p. 184). Así, este encuentro de experiencias alrededor de la literatura contribuye decisivamente a la creación de una comunidad comprometida con la reivindicación del rol crítico y transformador de la palabra escrita y de los libros —su principal soporte material— en la sociedad.

⁵ Aunque esta escasez persiste en la región, en Quibdó hay otras iniciativas que contribuyen al ecosistema literario. Destaco a la Corporación Cuenta Chocó-Rogelio Velásquez Murillo, fundada y dirigida por Jhonmer Hinestroza Ramírez, que administra la Librería Kilele —especializada en literatura chocona, estudios afrocolombianos y etnoeducación— y organiza el Festival de Arte y Literatura Afro e Indígena del Chocó (IndiAfro), el cual alcanzó su duodécima edición en 2024. También está la Red Étnica de Escritores del Chocó (REDECHO), liderada ahora por Susana Moreno Palacios, que organiza la Feria del Libro del Chocó. Este evento tuvo su segunda edición en octubre de 2025.

En Colombia, la función de legitimación de la literatura y de democratización cultural, propia de ferias y festivales del libro, ha sido decisiva desde sus primeras ediciones a finales de la década de 1930, las cuales estaban ligadas a las políticas de la República Liberal (1930-1946) orientadas a ampliar el acceso a la cultura. Estos eventos, argumenta Sergio Pérez Álvarez (2023), crearon las condiciones para la emergencia del “lector popular” como nuevo agente del campo literario: un sujeto heterogéneo y diverso, no siempre ajeno a las élites, que se familiariza con el libro como objeto de entretenimiento y de uso intelectual (p. 169). En el presente latinoamericano, estos eventos operan como dinamizadores de la vida cultural y fomentan una cultura editorial al extender el acceso al libro donde las redes comerciales no llegan (Zapata López, 2012). Igualmente, desplazan la circulación del libro fuera de los recintos tradicionales, por lo que cumplen un rol clave en la formación de lectores y la creación de nuevas audiencias (Jaramillo Hoyos, 2012). De este modo, los eventos del libro se han convertido en escenarios determinantes para crear y fortalecer infraestructuras de circulación y difusión literaria en la región.

En esta región, marcada por el racismo estructural que limita las posibilidades de vida digna para sus comunidades, la literatura se configura como una práctica utópica que desafía los sentidos impuestos del presente y abre posibilidades hacia otros futuros.

Los festivales literarios despliegan una performatividad de la literatura, entendida como su capacidad para producir efectos sociales concretos mediante reiteraciones y acciones colectivas (Gallego Cuiñas, 2022). Como todo ritual, por su repetición periódica, estos eventos propician la emergencia de un acto vital en el que se transmiten “saber social, memoria y sentido de identidad a través de acciones reiteradas” (Taylor, 2011, p. 20). A su vez, esta performatividad se manifiesta en el diálogo que establece con otras manifestaciones artísticas como

la música, el cine o la fotografía (Gallego Cuiñas, 2022). Más allá de ampliar las audiencias, estos encuentros refuerzan la legitimación social de la literatura al integrarla dentro de un ecosistema cultural más amplio, que trasciende las fronteras tradicionales del texto impreso. Ambas dimensiones performativas —su ritualidad y su expansión transmedial— se combinan para propiciar encuentros motivados por afinidades estéticas que contribuyen a crear una comunidad. Esa apertura performativa permite que el festival literario integre otros proyectos que configuren su programación y amplíen sus horizontes simbólicos y políticos, mientras crean condiciones para la transferencia de capital simbólico

entre artistas y agentes culturales de diversas disciplinas (Sapiro, 2022, p. 307). Es justamente este encuentro el que me lleva a proponer que FLECHO funciona como un entramado utópico. No es solo que el festival esté movilizado por una potencia utópica propia, sino que en él confluyen diversas iniciativas que comparten el objetivo de emanciparse de las condiciones impuestas por el racismo estructural en su región.

Desarrollaré esto a partir del concepto de utopías posconflicto, propuesto por Tania Lizarazo (2024) e inspirado en iniciativas culturales del Chocó, entre ellas Motete. Según la investigadora, estas utopías son estrategias concretas para sostener la vida en el presente y crear condiciones distintas hacia el futuro en contextos marcados por violencias estructurales. Al poner en tensión las dicotomías utopía/distopía y paz/ guerra, estas utopías muestran “la multiplicidad de relatos, prácticas y performatividades que existen en sus intersticios” y “cómo podrían ser la memoria, la paz y la justicia en un posconflicto que no se ha concretado aún, aunque se ensaye constantemente”⁶ (Lizarazo, 2024, p. 6). Desde esta perspectiva, FLECHO no solo celebra la cultura chocoana, también actúa como un tejido crítico de prácticas utópicas, un entramado que pone en diálogo las iniciativas locales y los imaginarios que afirman la vida en el Chocó, el cual se hace evidente en su programación.

La programación como política cultural: escenario para entretejer utopías

La programación de FLECHO materializa una política cultural orientada a garantizar los derechos culturales de las comunidades del Chocó. Leída como texto, da cuenta del entramado utópico del festival, el cual se propone como escenario de reivindicación territorial que pone en circulación relatos producidos desde la propia región. En este sentido, la programación articula encuentros entre diversas iniciativas locales que en su quehacer diario ensayan futuros alternativos posibles, esas estrategias cotidianas para sostener la vida colectiva, tal y como las utopías posconflicto que propone Lizarazo (2024). A continuación, analizaré la programación como documento que revela esta política cultural, partiendo de los criterios y principios que guían su creación.

Una política cultural sostiene el vínculo entre las manifestaciones estéticas y los modos de vida de una sociedad, y se materializa en las normas y guías de acción adoptadas por cualquier organización para alcanzar

⁶ Traducción propia. Texto original en inglés: “the multiplicity of stories, practices, and performances that exist in between” y “what memory, peace, and justice could look like in a postconflict that has not materialized yet but is rehearsed constantly”.

sus objetivos (Miller y Yúdice, 2002). Desde esta perspectiva, Víctor Vich (2021) sostiene que su rol fundamental debe ser “desnaturalizar lo naturalizado, esto es, revelar los poderes que nos han constituido como lo que somos: hacer más visible cómo se han asentado, cómo los reproducimos y cómo carecemos de imaginación y voluntad para neutralizarlos” (p. 17). Esta visión crítica puede vincularse con el utopismo concreto de Wilder (2022), que exige reconocer posibilidades transformadoras ya presentes, aunque no reconocidas aún, e imaginar lo que, por ahora, permanece fuera de lo imaginable (p. 10). De esta manera, las políticas culturales habilitan condiciones para interpelar radicalmente el estado del mundo mediante prácticas cotidianas que nutren imaginarios críticos capaces de identificar y desactivar relaciones de opresión.

Este enfoque define la programación cultural de FLECHO, en la cual la celebración de la cultura de la región contrasta con la ausencia de derechos y con los prejuicios raciales que históricamente han condicionado la relación del Chocó con el resto de Colombia. Así, mientras evidencia cómo estas representaciones han contribuido a la marginalización y la falta de garantías institucionales, el festival es un escenario para las narrativas surgidas desde las propias comunidades que reivindican las prácticas culturales del departamento. Para lograrlo, encuentro que en el diseño de la programación de FLECHO se consideran los derechos culturales desde los cuatro ejes que propone Jazmín Beirak Ulanosky (2022): “el derecho a la propia identidad, a la participación en la vida cultural de la comunidad y a la memoria; el derecho de acceso; el derecho a la expresión, creación y producción cultural; y el derecho a decidir sobre la política cultural misma” (p. 115). Estos derechos, como marcos normativos, propician escenarios para la utopía en los términos planteados por Lizarazo y Wilder, pues permiten identificar y potenciar prácticas culturales críticas ya existentes, capaces de imaginar y ensayar colectivamente otros futuros posibles para la región.

Con relación al derecho a la identidad, la participación en la vida cultural y la memoria, la programación de FLECHO privilegia las tradiciones y modos de vida del Chocó mediante una selección diversa de participantes que incluye líderes comunitarios y actores sociales cuyas prácticas dignifican la vida en la región. Por mencionar unos ejemplos, destaco la participación del ekobio⁷ Neil Quejada, sacerdote reconocido por su labor en la construcción de paz en Urabá; las etnoeducadoras Glenis Gómez y Tomasa Medrano, quienes, desde las primeras ediciones del festival

⁷ Ekobio: vocablo de la sociedad Abakuá en Cuba, utilizado para nombrarse como hermanos o compañeros entre sus miembros. En *Changó, el gran putas*, Manuel Zapata Olivella lo emplea para identificar a las personas negras sin apelar al significante de raza. Tanto en la novela como en algunos ensayos, Zapata Olivella extiende este significado para designar a quienes luchan contra la discriminación racial.

en Turbo, han contribuido a afianzar el evento con la comunidad gracias a su reconocimiento social; Héctor Rodríguez Aguilar, fundador del Encuentro de Alabaos, Gualíes y Levantamiento de Tumbas —evento vital para estas prácticas culturales de las comunidades negras del Pacífico—; las integrantes de la Comisión de Género de COCOMACIA,⁸ como Rubiela Cuesta y Yenny Palacios; y Bismar Conchave Dogirama, líder y educador indígena del pueblo Embera Dobidá. La inclusión de voces como estas en la programación constituye un reconocimiento a las diversas prácticas utópicas que ejercen en la región. Su participación no solo visibiliza su labor cotidiana, sino que consolida la relevancia social del festival como escenario donde estos liderazgos refuerzan su legitimidad pública y reconocimiento cultural.

La programación también incorpora a personas que, sin ejercer liderazgos visibles, aportan experiencias significativas desde sus quehaceres y trayectorias de vida. Esta selección responde a un principio de horizontalidad: conversaciones que sitúan en un mismo plano saberes profesionales, experiencias vitales y memorias de oficio. De allí que, por ejemplo, se hayan realizado diálogos entre lancharos y un historiador sobre tecnologías náuticas, entre pescadores y una poeta acerca de sus vínculos con los ríos, y entre una mujer barequera y una bióloga sobre los impactos medioambientales y sociales de la minería en la región. En

FLECHO opera como un relato contrahegemónico que descentra las narrativas estereotipadas y posiciona a las comunidades locales como protagonistas de nuevas formas de narrar su territorio.

coherencia con este principio, los programas que circulan priorizan el enunciado del encuentro y presentan a las y los participantes en igualdad, sin epítetos, grados ni jerarquías visuales.⁹ Esta lectura de la programación como texto evidencia las dinámicas de poder que se reproducen o se cuestionan en un festival literario (Gallego Cuiñas, 2022). En el caso de FLECHO, gracias al principio de

horizontalidad, el foco se desplaza del fetiche del autor consagrado, tan común en los eventos del libro, hacia el valor epistémico y comunitario de la conversación como práctica de conocimiento situada y colectiva.

⁸ COCOMACIA: Consejo Comunitario Mayor de la Asociación Campesina Integral del Atrato. Organización étnico-territorial conformada por 124 consejos comunitarios, que trabaja por la defensa del derecho a la autonomía territorial, social y cultural del Chocó desde 1982.

⁹ Esta descripción alude al formato de programación adoptado en la octava edición (2025), acordado tras un proceso de deliberación del equipo organizador. En ediciones previas, sí se incluyeron títulos o profesiones junto a los nombres de quienes participaron.

Estos espacios de participación en la vida cultural son fundamentales para las comunidades, pues “cuando se reconoce el derecho a la cultura, se está reconociendo la posibilidad de construir un lugar de enunciación, de intervención en el mundo y de representación que contribuye al fortalecimiento de otros derechos” (Beirak Ulanosky, 2022, p. 131). A propósito, María Victoria Palacios, activista de la comunidad LGBTQ+, resaltó que su presencia en FLECHO como mujer trans negra amplía “la lectura de la historia, los tránsitos, el reconocimiento, pero también la resiliencia y resistencia que como personas LGBTQ+ hemos tenido que abordar día a día” (comunicación personal, noviembre de 2023). De esta manera, el festival visibiliza historias comúnmente marginalizadas y contribuye directamente al fortalecimiento de luchas políticas y liderazgos comprometidos con prácticas de utopismo concreto. Sumado a ello, pone en circulación una noción de cultura diversa, horizontal e incluyente, en la que se evidencia su transversalidad, su carácter constitutivo de las relaciones sociales y su capacidad de movilizar cambios colectivos.

Fuente: Corporación Educativa y Cultural Motete.

PROGRAMACIÓN DIARIA

- Conversaciones
- Encuentros
- Talleres para la familia
- Animación a la lectura
- Presentaciones artísticas
- Cine
- Presentación de libros

MIÉRCOLES 19 DE MARZO

9:00 am a 12:00 p.m.
Champa de libros
 La serie "Leer es mi cuento" llega a comunidades del río Atrato.
La Soledad y Calle Quibdó

4:00 a 4:50 p.m.
Parada de ritmo exótico
 A cargo de Chicos Dances
Malecón Jairo Varela

5:00 a 5:50 p.m.
Narrar las raíces: historias fundacionales de Quibdó
 Douglas Cujar Cañadas y Bismar Conchave Dogirama conversan con Karina Prado.
Malecón Jairo Varela

6:00 a 6:50 p.m.
Repensar los arraigos: Biblioteca de escritoras colombianas
 Pilar Quintana y Ana Lucía Barros conversan con Christian Vásquez Infante.
Malecón Jairo Varela

7:00 a 7:50 p.m.
Aprender a escucharnos para construir nuestros relatos: la experiencia de "Nuestra orilla" y Ronca el canalete
 Ana Luisa Ramírez, Jenry Serna Córdoba y John Henry Serna Salas conversan con Yuli Correa.
Malecón Jairo Varela

8:00 a 9:50 p.m.
Noche de guitarra
 Win Perea
Malecón Jairo Varela

Figura 3. Programa de FLECHO en Quibdó, 2025.

Fuente: fotografías propias.



Figura 4. Conversaciones en FLECHO (2023, 2024 y 2025).

El derecho de acceso, advierte Beirak Ulanosky (2022), además de ofrecer oportunidades para asistir a eventos culturales, debe proveer herramientas necesarias para interpretarlos y resignificarlos. En este sentido, Ana Lucía Barros, editora invitada a dos ediciones de FLECHO, resalta una singularidad respecto a otros eventos literarios en Colombia al señalar que “primero hubo una construcción de la comunidad de lectura y escritura, y luego un festival, no al revés” (comunicación personal, noviembre de 2023). Al ser parte de un conjunto de programas culturales y educativos articulados por Motete, FLECHO fomenta el desarrollo de habilidades críticas que permiten a las comunidades interpretar y resignificar su propio entorno. Esta dinámica refleja una visión integral del derecho de acceso a la cultura, la cual prioriza el trabajo comunitario y la construcción colectiva de sentidos. Un ejemplo claro de esto es el encuentro de los clubes de lectura “Selva de letras”, que se realiza en cada sede del festival. En estas sesiones, niñas, niños y adolescentes leen previamente la obra de un autor invitado y durante el encuentro comparten sus interpretaciones, realizan actividades relacionadas con sus lecturas y tienen

la oportunidad de interactuar directamente con otros grupos de lectura y con el autor. Estas actividades enriquecen significativamente los procesos de interpretación y diálogo.

Ahora bien, como suele ocurrir en los eventos del libro, garantizar el acceso también significa poner al alcance del público obras y autores de amplia circulación. FLECHO se ha ido afianzando como ese lugar donde el público chocoano puede encontrarse con nombres centrales de la literatura colombiana contemporánea —como Pilar Quintana, Tomás González, Gilmer Mesa, Vanessa Londoño—, cuyas obras han sido publicadas por los grandes grupos editoriales en español, traducidas a otras lenguas y reconocidas con premios nacionales e internacionales; y también ha sido escenario para voces emergentes que llegan desde la edición independiente —como las poetisas Flor Bárcenas y Johanna Barraza Tafur, o el narrador Giuseppe Ramírez—. ¹⁰ Y, como en todo festival literario, no se trata únicamente de las lecturas o las presentaciones: el encuentro entre autores consagrados y jóvenes, y su conversación con otros agentes del ecosistema literario, activa redes de trabajo y de afectos que dinamizan el campo. Como señala Sapiro (2022), esos cruces favorecen la circulación y el reconocimiento de las obras, tanto para quienes empiezan como para quienes sostienen una trayectoria ya consagrada. En conjunto, esta apertura a catálogos reconocidos y nuevas voces, sumada a los procesos formativos y comunitarios ya descritos, reafirma que el acceso es un derecho que se cultiva en el tiempo: no solo asistir a un festival, sino contar con herramientas para leer, interpretar y resignificar lo que allí sucede.

Por su parte, el derecho a la expresión, creación y producción cultural se fomenta especialmente mediante la participación activa de autores locales, quienes encuentran en FLECHO un espacio para visibilizar sus obras y conversar sobre sus procesos creativos. Iniciativas como la del grupo de mujeres poetisas Las Musas Cantan, de Urabá, o la Red Étnica de Escritores del Chocó han hecho parte del festival, lo cual da cuenta de comunidades creadas en torno a la literatura. Asimismo, autores de la región como la poeta Marta Quiñónez o el narrador Jhonmar Córdoba han presentado sus libros en el festival. No obstante, la garantía efectiva de este derecho no se limita a ofrecer espacios para personas con obras publicadas. En un contexto donde la infraestructura cultural es limitada y la producción literaria enfrenta múltiples obstáculos para su circulación, en FLECHO también se realizan talleres de escritura y edición. En estos espacios, quienes

¹⁰ Aunque me he centrado en el campo literario colombiano, desde hace un par de ediciones FLECHO ha emprendido un proceso de internacionalización con perspectiva afrodiaspórica a través de la franja “Juntando orillas”. Se inauguró en 2024 con la participación de una delegación del Guild Literary Complex —organización literaria de Chicago—, y en la edición más reciente continuó con la presencia de la profesora y activista afroargentina Miriam Gomes y de la escritora afroecuatoriana Yuliana Ortiz Ruano.

asisten tienen la posibilidad de trabajar sus textos y conocer los procesos editoriales a través del intercambio directo con escritoras y editores invitados. Por otro lado, FLECHO también celebra otras manifestaciones artísticas de la región, especialmente la música. Cada jornada concluye con presentaciones que ponen en escena los ritmos y bailes propios de cada municipio: el bullerengue y el picó en Turbo, las rucas en Bahía Solano, los alabaos en Istmina, la chirimía y el ritmo exótico en Quibdó. Estas presentaciones no solo funcionan como celebraciones culturales, sino que también constituyen actos políticos de reivindicación de tradiciones que forman parte esencial del patrimonio inmaterial de las comunidades.

En cuanto al derecho a decidir sobre la política cultural, en FLECHO se han creado mecanismos que permiten la participación de agentes culturales locales en el diseño de su programación. A través de grupos focales, se recogen sugerencias sobre quiénes deberían participar y propuestas de conversaciones que correspondan con el tema establecido.¹¹ Además de actividades centradas en tradiciones literarias o figuras emblemáticas, como las dedicadas al centenario del escritor Arnoldo Palacios en 2024, el festival incluye temas clave para el departamento como la minería artesanal, la pesca y la sostenibilidad ambiental. Así, la programación FLECHO es una construcción colectiva que involucra a las comunidades locales desde sus perspectivas, intereses y quehaceres cotidianos, lo que propicia que quienes participan en el evento se apropien de él. Gracias a este enfoque colaborativo, el festival se convierte en un espacio donde se articulan diversas iniciativas que ensayan escenarios posibles de paz y que garantizan, desde la práctica cotidiana, derechos culturales que han sido históricamente negados por la desidia estatal y las múltiples violencias que han afectado al Chocó. Esta articulación es la que hace de FLECHO un entramado utópico, puesto que posibilita encuentros concretos entre experiencias diversas que desafían el presente y permiten imaginar futuros diferentes para la región.

Además de los liderazgos e iniciativas mencionadas, quiero centrarme en dos proyectos que han participado recientemente en FLECHO y que evidencian su potencial utópico: el semillero de investigación Propágulos y la escuela de formación en comunicación Ronca el Canalete. El semillero Propágulos, coordinado por Édgar Molina Maturana e integrado por estudiantes de la Institución Educativa Luis López de Mesa en Bahía Solano, orienta su labor hacia la formación de jóvenes investigadores enfocados en la protección del ecosistema de manglar. Su nombre —que

¹¹ En sus primeras ediciones, el festival se inspiró en la biodiversidad de la región para definir sus temas: “Leer la selva” en la primera, y “Somos agua”, en la segunda. En las ediciones más recientes, el enfoque ha girado hacia la diversidad cultural como guía para la programación, con “Migraciones” en la sexta, “Voces” en la séptima y “Raíces” en la octava.

alude a las semillas encargadas de dispersar y regenerar la vida en estos ecosistemas— simboliza su propósito de cultivar una conciencia crítica sobre el entorno natural. En la sexta edición de FLECHO, Molina participó en una conversación sobre gestión cultural comunitaria con José Camilo Córdoba, entonces director regional del Banco de la República, donde destacó cómo el semillero ha trascendido los límites escolares y ha impulsado a sus integrantes a continuar su trabajo ambiental en estudios superiores y trayectorias profesionales. Para visibilizar estos relevos generacionales y continuidades individuales, en la octava edición integrantes del semillero conversaron con la escritora y divulgadora científica Cristina Romero Ríos sobre el impacto de su trabajo. A su vez, Propágulos tuvo un *stand* en la zona comercial del festival, donde ofrecieron productos elaborados con materiales reciclados e información sobre educación ambiental.

Fuente: fotografía propia.



Figura 5. Conversación con el semillero de investigación Propágulos.

Bahía Solano, 2025.

Por su parte, la escuela de formación en liderazgo y comunicación Ronca el Canalete surgió en Riosucio, al norte del Chocó, con el propósito de generar procesos de comunicación comunitaria desde la resistencia cultural. Esta iniciativa, liderada por Ana Luisa Ramírez y Jenry Serna Córdoba, participó en la octava edición de FLECHO, en Quibdó, con un taller de escucha atenta y una conversación sobre su serie sonora *Nuestra orilla*. En el cabezote de los ocho episodios de esta serie escuchamos que “el Chocó es un territorio del que se habla mucho, pero al que se le escucha muy poco” (Ramírez, 2023); esta afirmación introduce voces locales que narran la historia del departamento a partir de sus experiencias personales.

En una entrevista, Serna afirma: “Nos planteamos contar historias que no nos revictimizaran y convertir eso que pasó en posibilidades que sirvan para formar nuevas generaciones dentro del territorio”; a lo que Ramírez añade: “con este pódcast rompimos un paradigma para contar las cosas al revés” (Britto, 2024, párr. 9). Este nuevo paradigma cuestiona la representación habitual del Chocó desde el prisma del conflicto armado y reclama la autonomía para contar su historia con sus voces y en sus términos. Por ello, Ronca el Canalete no es solo un proyecto narrativo, sino una propuesta pedagógica integral que busca generar condiciones para que nuevas historias sigan emergiendo desde diversas voces locales.

Fuente: fotografía propia.



Figura 6. Taller a cargo de Ronca el Canalete. Quibdó, 2025.

Ambas iniciativas comparten una característica esencial: están pensadas como semilleros con conciencia de futuro, enfocados en construir horizontes posibles con las y los jóvenes que participan en sus procesos. Estos proyectos, como muchos otros que cruzan sus caminos en FLECHO, han surgido como respuesta a violencias estructurales que afectan al departamento: en Propágulos, la destrucción del manglar en Bahía Solano; en Ronca el Canalete, el conflicto armado que provocó el desplazamiento forzado de Ramírez y Serna a finales de los noventa, razón que luego los motivó a regresar para emprender su iniciativa cultural desde la comunicación. Al conversar con Serna y Molina sobre sus experiencias en FLECHO, ambos coincidieron en destacar la valiosa posibilidad de que integrantes de sus respectivos semilleros tuvieran un lugar activo en el

festival. Subrayaron la importancia de que estos jóvenes asumieran directamente la vocería de sus colectivos en los espacios de conversación, ya que esta experiencia fortalece su capacidad de liderazgo y contribuye a garantizar la continuidad de estos procesos en el futuro. Otro aspecto significativo para ambos líderes fue que el festival ofreciera un espacio de encuentro e intercambio que no estuviera mediado ni creado por instituciones estatales.

La programación cultural de FLECHO configura un espacio donde se articulan iniciativas capaces de disputar narrativas dominantes sobre el Chocó. La presencia de estas iniciativas no opera únicamente como acto simbólico, sino como estrategia política frente a la exclusión histórica y estructural. Como afirma Lizarazo (2024): “puede que la visibilidad no sea un antídoto mágico frente a la opresión y la exclusión, pero es clave para cuestionar la violencia de la invisibilización deliberada”¹² (p. 95). Ahora bien, como advierte Vidal (2021), la mera visibilidad no es suficiente: “No hay reconocimiento sin plena garantía de derechos. Reconocer es decir: tú existes, tienes los mismos derechos que yo tengo y como sociedad te tenemos que garantizar esos derechos” (p. 34). Desde esta perspectiva, al colocar en el centro de la conversación pública experiencias diversas, FLECHO no solo promueve una representación plural, sino que contribuye al reconocimiento efectivo de las comunidades locales mediante la garantía de sus derechos culturales.

De este modo, el entramado que configura FLECHO correspondería con la propuesta de Paola de la Vega (2024) sobre la necesidad de ejercer en América Latina una gestión cultural crítica desde la que se crean condiciones para articular “potenciales utópicos concretos que no responden al imperativo de modelos preestablecidos y salvíficos, sino a elaboraciones colectivas que anticipan posibilidades transformadoras en determinadas condiciones contextuales e históricas” (p. 300). Estas prácticas utópicas no imponen soluciones desde arriba, sino que surgen orgánicamente de los saberes y las necesidades concretas de las comunidades locales, ensayando escenarios de justicia social y paz que interpelan directamente la violencia histórica y estructural que ha marcado la región. La participación activa de proyectos como Propágulos y Ronca el Canalete revela que es precisamente en estos espacios de articulación colectiva donde reside la fuerza transformadora de FLECHO, que opera no solo como un evento cultural, sino como una plataforma crítica para la acción política, la reivindicación comunitaria y la imaginación colectiva de futuros alternativos.

¹² Traducción propia. Texto original en inglés: “Visibility might not be a magical antidote to oppression and exclusion, but is central to challenge the violence of intentional invisibility”.

Redes que narran: colaboración, visibilidad y disputa de imaginarios

El video sobre FLECHO con cuya descripción abrí este artículo fue realizado por Mateo Hernández, comunicador social vinculado al festival desde su primera edición como responsable del registro audiovisual. Su participación comenzó tras una convocatoria que Velia Vidal publicó en Facebook en 2017, en la que pidió apoyo para realizar una fiesta de la lectura y la escritura en el Chocó. “Varias personas se ofrecieron para dar talleres y aportar actividades pedagógicas”, recuerda Hernández. “Yo le dije a Velia que podía contribuir con mis habilidades y equipos para tomar y editar fotos y videos. Así fue como asumí la cobertura audiovisual de FLECHO desde su primera edición”. Aunque ha producido la mayoría de las imágenes difundidas sobre el festival, Hernández insiste en que estas no son producto de una visión individual, sino de un proceso de creación compartida. En sus palabras, él ha actuado como “operario de una herramienta tecnológica y una gramática audiovisual, pues el concepto y el sentido de los videos, fotografías, boletines de prensa y demás discursos que conforman el dispositivo comunicativo de FLECHO son creaciones colectivas” (comunicación personal, octubre de 2023). Este énfasis en lo colaborativo permite visibilizar una dimensión fundamental del entramado utópico que da vida al festival: su capacidad para movilizar voluntades en torno a un proyecto cultural que no solo garantiza derechos, sino que también habilita nuevas formas de imaginar y narrar su territorio. En ese sentido, el trabajo audiovisual que acompaña al festival no solo documenta lo que ocurre, sino que participa activamente en la construcción de nuevas narrativas sobre el Chocó, creadas desde adentro y que, como el propio festival, son resultado de una red afectiva, política y simbólica que se ha tejido colectivamente.

El sostenimiento de FLECHO ha sido posible gracias a una red de colaboraciones que desde sus inicios ha movilizado saberes, afectos, recursos y tiempo en torno a un proyecto cultural que interpela a quienes lo conocen. En sus primeras ediciones, fueron personas cercanas a Vidal quienes, motivadas por la propuesta del festival, ofrecieron apoyo económico, impartieron talleres, abrieron las puertas de sus casas para alojar invitados o viajaron a Quibdó por su propia cuenta. Esa disposición solidaria, que escapa a lógicas transaccionales de remuneración económica, se ha sostenido en el tiempo, aunque no sin dificultades: como toda estructura basada en vínculos afectivos y convicciones compartidas, también está atravesada por una profunda inestabilidad, pues las intenciones de contribuir al evento como voluntarios quedan subordinadas a que los recursos económicos y el tiempo lo permitan. Por tal razón, cada

edición del festival implica recomponer esta red, buscar nuevas alianzas, gestionar apoyos institucionales y cubrir gastos sin contar con una base económica estable. Así, la financiación del festival se convierte en una práctica recurrente de perseverancia y reinención, tan inherente al proceso como las satisfacciones que genera.

El equipo de Motete ha desempeñado un rol clave en este proceso al gestionar recursos del sector público —como los del Ministerio de las Culturas, las Artes y los Saberes y algunas entidades regionales— y contribuciones del sector privado, entre ellas las de comerciantes locales y grupos editoriales que se suman cubriendo algunos gastos. Esta combinación de fuentes ha sido fundamental para garantizar la continuidad y expansión del festival, que en 2025 celebró su octava edición. Este modelo de financiación mixto es común en eventos del libro en el país: iniciativas particulares, algunas lideradas por organizaciones culturales, que articulan esfuerzos para conseguir fondos provenientes de instituciones estatales y aportes de empresarios locales; en algunos casos, como en las ferias del libro de Popayán y Bucaramanga, hay un respaldo significativo, tanto económico como administrativo y logístico, de universidades públicas y privadas.

En este escenario, los festivales viven en una negociación constante: cuidar su autonomía y sus propósitos mientras están en la brega de conseguir los recursos que los sostienen, un dilema que reaparece una y otra vez y obliga a reevaluar su identidad como instituciones de y para la literatura (Giorgi, 2011). De ahí el llamado de Adriana Ángel Forero (2025), directora de la FILBo, a que los más de setenta y siete eventos registrados desde la creación de la Red de Ferias del Libro de Colombia en 2016 cuenten con un apoyo sustancial, para que sus esfuerzos no se destinen a la supervivencia sino a la “resistencia activa y sostenida de la cultura” (p. 9). Más allá de su relevancia para el campo literario, estos espacios son también escenarios estratégicos de construcción de ciudadanía; de ahí que garantizar su existencia sea una responsabilidad social (dos Santos Piúba, 2012; Ángel Forero, 2025). Ese sentido de responsabilidad convoca y teje redes. A partir del caso del Festival de Poesía de Medellín, Enrique Yepes (2003) indica que estos encuentros “ponen en escena, literalmente, una suma de voluntades para renovar la memoria y la conciencia y encontrar el camino perdido de una visión colectiva” (p. 97), al enlazar la intimidad de la lectura con la energía de la multitud. Y en territorios marcados por la violencia, esa sociabilidad emerge como rasgo que refuerza la idea de encontrar en la literatura y otras artes escenarios y prácticas de reparación y construcción de paz (Ochoa Gautier, 2003; Yepes, 2003).

En el caso de FLECHO, en esa urdimbre de responsabilidades participan personas que, sin pertenecer formalmente a Motete, se han apropiado del proyecto y han contribuido a sostenerlo.

Así sucedió con la comunicadora social Karina Vélez Gómez, quien se enteró del festival por una conversación casual. Al conocer la iniciativa, se sintió convocada por su propósito y decidió sumarse con lo que tenía: conocimientos, experiencia y contactos en medios de comunicación. Desde entonces, se ha encargado de gestionar la difusión de notas de prensa, entrevistas y artículos en medios nacionales, ampliando el alcance del festival en el país. Su motivación, asegura, responde a una convicción clara: apoyar un proyecto cultural de un territorio sobre el que los relatos dominantes suelen reducir la vida a la precariedad y al conflicto. Frente a este escenario, iniciativas como FLECHO representan un acto de afirmación cultural, una forma de defender el derecho a imaginar y a narrarse en clave de dignidad.

En efecto, como señala Aurora Vergara-Figueroa (2018), “en oposición a espacios concebidos para el disfrute y vivir una vida digna, los territorios del Chocó y sus ríos han sido mantenidos como laboratorios de muerte”¹³ (p. 28). En este contexto adquiere sentido pleno la propuesta de Velia Vidal (2020a), quien afirma que el festival busca recuperar el encuentro “alrededor de esos relatos que somos” (p. 130) y “tejer puentes sólidos para la paz” (p. 131). En este marco, la participación voluntaria de personas como Vélez, Hernández y tantos otros puede leerse no solo como un gesto de solidaridad, sino como un acto político de compromiso con un proyecto cultural cuyo valor radica en la garantía efectiva de derechos culturales históricamente negados. Lo que moviliza estas colaboraciones es el reconocimiento de su potencia utópica: la posibilidad real de imaginar y construir otro presente para el Chocó desde sus propias voces y memorias.

La red colaborativa que sostiene a FLECHO también ha sido percibida por quienes se han acercado al festival como asistentes, como es el caso del documentalista e investigador Henry Ortega, quien supo del evento a través de *Aguas de estuario*, el libro de Vidal. Ortega había estado en el Chocó anteriormente para realizar investigaciones sobre las dinámicas del conflicto armado en el departamento, y sus visitas estuvieron marcadas por restricciones, riesgos y una constante sensación de vigilancia que condicionaron incluso sus momentos de ocio. En contraste, FLECHO le ofreció la posibilidad de experimentar Quibdó desde otra perspectiva. Aunque durante los días del festival hubo toques de queda en varios

¹³ Traducción propia. Texto original en inglés: “Contrary to spaces that are designed for enjoyment and to live a life of dignity, the territories of Chocó and its rivers have been kept as laboratories of death”.

barrios que afectaron notablemente la asistencia, para Ortega el evento representó una ventana hacia formas de resistencia raramente presentes en los discursos institucionales y mediáticos sobre el departamento. “Fue como un respiro y es algo que celebro [...] me parecería fenomenal en algún momento, si se puede, aportar algo desde mi trabajo a iniciativas como FLECHO” (comunicación personal, enero de 2024). Su testimonio reafirma cómo el festival abre espacios para imaginar narrativas más justas y plurales sobre el Chocó, que fortalecen una red comprometida con este propósito.

Quiero llamar aquí la atención sobre los diferentes canales a través de los cuales se han difundido las narrativas que han creado y sostienen esta red. Videos, redes sociales, notas de prensa, el libro de Vidal y el voz a voz son medios por los que muchas personas hemos conocido la existencia del festival y decidido participar y apoyarlo. Esta multiplicidad de canales no solo facilita la circulación cultural, sino que configura un dispositivo de producción simbólica que disputa los imaginarios dominantes sobre el Chocó. En términos de Stuart Hall (1997), las representaciones son territorios en disputa donde los significados se negocian y reconfiguran. Así, FLECHO opera como un relato contrahegemónico que descentra las narrativas estereotipadas y posiciona a las comunidades locales como protagonistas de nuevas formas de narrar su territorio.

En conversaciones con escritoras, artistas y agentes del campo literario que han participado sin recibir honorarios, aparece con frecuencia una motivación compartida: apoyar una iniciativa que consideran nece-

El acceso es un derecho
que se cultiva en el
tiempo: no solo asistir a
un festival, sino contar con
herramientas para leer,
interpretar y resignificar lo
que allí sucede.

saria para el Chocó y que merece ser visibilizada. Así lo expresó el escritor y profesor Junior Pantoja, quien durante una conversación en la séptima edición del festival afirmó que FLECHO “dignifica la vida de esta región, por el tipo de conversaciones que propone y los relatos que pone a circular sobre el Chocó” (comunicación personal, marzo de 2024). Su observación se conecta con la

labor de personas como Vélez, quien subraya que el principio de igualdad orienta su trabajo con las comunicaciones del evento: “Chocó no es más ni menos que otra zona del país” (comunicación personal, mayo de 2024). Esta convicción compartida ha permitido tejer una red de colaboración sostenida, desde la cual el festival no solo ha garantizado su continuidad, también ha abierto un espacio de posibilidad para reimaginar el presente y el futuro del Chocó desde los propios sentidos, saberes y horizontes de quienes lo habitan.

El pulso de lo posible

FLECHO, como toda fiesta, supone una irrupción en la cotidianidad, una ruptura temporal que celebra aquello que, desde lo cotidiano, ya existe como potencia transformadora. Al congregarse iniciativas que sostienen la cultura en el Chocó, el festival moviliza un utopismo concreto que busca “hacer de la vida cotidiana algo subversivamente insólito e intempestivo, tornar lo familiar en extraño y en extraño lo familiar, traer pasados al presente y anticipar, o conjurar, futuros aquí y ahora”¹⁴ (Wilder, 2022, p. 10). Tal utopismo corresponde con la perspectiva de Lizarazo (2024), quien propone entender las utopías como prácticas éticas y políticas que ensayan en el quehacer diario las posibilidades de cambio. Estas configuran ese entramado plural y heterogéneo que hace de FLECHO una práctica colectiva y situada de otros futuros posibles, en el que las narrativas locales cuestionan radicalmente la exclusión estructural y simbólica históricamente impuesta sobre la región.

Sin embargo, este entramado utópico no debe confundirse con un espacio meramente celebratorio o armónico. Como toda confluencia de diversas prácticas y actores sociales, el festival es también escenario de tensiones y conflictos. En ese marco, aunque sea un evento literario, FLECHO amplía las nociones de lectura y escritura que celebra y las descentra del libro: lo legible y lo susceptible de ser escrito también circulan en la oralidad, los cuerpos, las imágenes y los archivos comunitarios, lo que abre preguntas por cómo se narran las experiencias del territorio, quiénes tienen voz en estas conversaciones y con qué medios cuentan para comunicarse. Estas discusiones y negociaciones se entrelazan con la gestión de las condiciones materiales que hacen posible su realización. En este sentido, FLECHO revela una paradoja inherente a la gran mayoría de proyectos artísticos y culturales, signados por la precarización y la autoexplotación: aunque se ha logrado consolidar una red colaborativa que ha permitido su crecimiento sostenido, esta misma red enfrenta desafíos permanentes debido a las condiciones materiales en las que opera. Como señalan Vidal y Acero Polanía (2021), la gestión cultural no solo implica garantizar derechos culturales a las comunidades participantes, sino también reivindicar el derecho de quienes impulsan estas iniciativas a trabajar en condiciones dignas, con retribuciones justas por su labor cultural y creativa.

¹⁴ Traducción propia. Texto original en inglés: “to render everyday life subversively uncanny and untimely. It makes the familiar strange and the strange familiar. It makes pasts present and it anticipates, or conjures, futures now”.

Este análisis evidencia la relevancia crítica que adquieren las políticas y prácticas de gestión cultural de espacios literarios. Al abrir horizontes de redistribución del poder simbólico, estos eventos crean condiciones para cuestionar narrativas sobre territorios y comunidades estigmatizadas y propiciar la circulación efectiva de relatos plurales y diversos. Esto resalta la importancia de estudiar los festivales literarios como dispositivos sociales que revelan cómo la literatura opera como agente político capaz de imaginar futuros distintos desde la garantía de los derechos culturales. En consecuencia, analizar las prácticas de gestión cultural que sustentan eventos como FLECHO resulta esencial para comprender el papel de la literatura en la configuración de imaginarios alternativos, capaces de intervenir de forma decisiva en las luchas por la justicia social, la memoria y la dignidad. ➡♦➡

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Ángel Forero, A. C. (2025). El reto de las ferias del libro en Colombia: Cultura en tiempos de incertidumbre. *Tendencia editorial UR*, 39, 6–9.
- Barbary, O., Ramírez, H., Urrea, F. y Viáfara, C. (2004). Perfiles contemporáneos de la población afrocolombiana. En Barbary, O. y Urrea, F. (Eds.), *Gente negra en Colombia. Dinámicas sociopolíticas en Cali y el Pacífico* (pp. 69–112). Editorial Lealon, CIDSE, Universidad del Valle, IRD, Colciencias.
- Beirak Ulanosky, J. (2022). *Cultura ingobernable*. Ariel.
- Britto, L. (2024, junio 15). “Rompimos un paradigma para contar las cosas al revés”: Ana Luisa Ramírez. *El Espectador*. <https://www.elespectador.com/colombia/rompimos-un-paradigma-para-contar-las-cosas-al-reves-ana-luisa-ramirez/>
- de la Vega, P. (2024). *Genealogías para una gestión cultural crítica*. RGC Libros.
- Departamento Administrativo Nacional de Estadística (DANE). (2019). Infografía: Resultados Censo Nacional de Población y Vivienda 2018, Chocó [Infografía]. https://sitios.dane.gov.co/cnpv/app/views/informacion/perfiles/27_infografia.pdf
- dos Santos Piúba, F. (2012). Las ferias del libro: Espacios de educación, cultura, economía y ciudadanía. En *Las ferias del libro. Manual para expositores y visitantes profesionales* (pp. 45–52). CERLALC-UNESCO.
- Eddo-Lodge, R. (2018). *Por qué no hablo con blancos sobre racismo*. Planeta.
- Gallego Cuiñas, A. (2022). *Cultura literaria y políticas de mercado. Editoriales, ferias y festivales*. De Gruyter.
- Giorgi, L. (2011). Between tradition, vision and imagination. The public sphere of literature festivals. En *Festivals and the Cultural Public Sphere* (pp. 29–44). Routledge.
- Grueso, L. (2000). *El proceso organizativo de comunidades negras en el Pacífico sur colombiano*. Pontificia Universidad Javeriana.
- Hall, S. (1997). *Representation: Cultural Representations and Signifying Practices*. SAGE Publications.
- Jaramillo Hoyos, B. (2012). Ferias, lectura y circulación del libro. En *Las ferias del libro. Manual para expositores y visitantes profesionales* (pp. 39–44). CERLALC-UNESCO.
- Leal, C. (2020). *Paisajes de libertad. El Pacífico colombiano después de la esclavitud*. Ediciones Uniandes.
- Lizarazo, T. (2024). *Postconflict Utopias. Everyday Survival in Chocó, Colombia*. University of Illinois Press.
- Martínez de Varela, T. (2023). *Caravana de periodistas por dentro*. Editorial CES.
- Miller, T., y Yúdice, G. (2002). *Cultural Policy*. SAGE.
- Mina, M. (1975). *Esclavitud y libertad en el Valle del Río Cauca*. Fundación Rosca de Investigación y Acción Social.
- Muñoz, J. E. (2020). *Utopía Queer. El entonces y allí de la futuridad antinormativa*. Caja Negra.
- Ochoa Gautier, A. M. (2003). *Entre los deseos y los derechos. Un ensayo crítico sobre políticas culturales*. Instituto Colombiano de Antropología e Historia.
- Palacios, A. (2022). *Cuando yo empezaba y otros textos recobrados*. Isla de libros.

- Pérez Álvarez, S. (2023). *Cultura editorial literaria en Colombia: Una historia de editores y editoriales en el siglo XX*. Editorial Pontificia Universidad Javeriana.
- Ramírez, A. L. (2023). *Nuestra Orilla* [Pódcast]. <https://nuestraorilla.co/>
- Restrepo, E. (2025). *Subjetividades políticas negras y racismo en desmentida en Colombia*. Editorial Universidad del Cauca.
- Ribeiro, D. (2019). *Pequeno manual antirracista*. Companhia Das Letras.
- Saldarriaga, M. (2024, abril 6). El derecho a imaginar y otras reivindicaciones desde la Fiesta de la Lectura y Escritura del Chocó. *Consonante*. <https://consonante.org/noticia/el-derecho-a-imaginar-y-otras-reivindicaciones-desde-la-fiesta-de-lectura-del-choco/>.
- Sapiro, G. (2016). *La sociología de la literatura*. Fondo de Cultura Económica.
- Sapiro, G. (2022). Literature Festivals A New Authority in the Transnational Literary Field. *Journal of World Literature*, 7, 303–331.
- Segato, R. (2017). Racismo, discriminación y acciones afirmativas: Herramientas conceptuales. En Campoalegre, R. y Bidaseca, K. (Coords.), *Más allá del decenio de los pueblos afrodescendientes* (pp. 43–64). CLACSO.
- Taylor, D. (2011). Introducción. En Taylor, D. y Fuentes, M. (Eds.), *Estudios avanzados de performance* (pp. 7–30). Fondo de Cultura Económica.
- Vergara-Figeroa, A. (2018). *Afrodescendant Resistance to Deracination in Colombia*. Palgrave Macmillan.
- Vich, V. (2021). *Políticas culturales y ciudadanía: Estrategias simbólicas para tomar las calles*. CLACSO.
- Vidal, V. (2020a). *Aguas de estuario*. Laguna libros.
- Vidal, V. (2020b). Cultura, resiliencia y desarrollo de las comunidades afrocolombianas: Motete en el departamento del Chocó. *Certificado en Estudios Afrolatinoamericanos*, 1, 27–32.
- Vidal, V, y Acero Polanía, L. (2021). *Entre páramo y estuario*. La diligencia libros.
- Weber, M. (2018). *Literary Festivals and Contemporary Book Culture*. Palgrave Macmillan.
- Wilder, G. (2022). *Concrete Utopianism. The Politics of Temporality and Solidarity*. Fordham University Press.
- Yepes, E. (2003). El Festival Internacional de Poesía de Medellín: Gestión en la aldea global. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, Año XXIX (58), 91–104.
- Zapata López, F. (2012). Las ferias del libro y las políticas públicas. En Mojica Gómez, J. P. (Coord.), *Las ferias del libro. Manual para expositores y visitantes profesionales* (pp. 33–38). CERLALC-UNESCO.